

Carlos Alberto Mendoza

HECHOS Y PERSONAJES COLOMBIANOS ANALIZADOS POR UN PANAMEÑO

11

**EL MESTIZAJE E
INDOAMERICA: EL
MENSAJE DE OTTO
MORALES BENITEZ**

Lectura en la Universidad Central de Bogotá,
el 19 de abril de 1989.

Me estremece el honor y la responsabilidad de ocupar esta tribuna, por tantos conceptos prestigiosa, porque hijo de un país desgajado en otro tiempo de la tierra colombiana, vengo a ella en circunstancias profundamente angustiosas, en medio de una crisis que amenaza con destruir los fundamentos mismos de su existencia como nación. Nunca antes llegamos a tan deplorable situación, nunca antes estuvimos como ahora al borde del abismo. Tristemente, hay que aceptar que los panameños nos debatimos hoy en condiciones sobremanera desventajosas.

Se justifica, por ello, que me presente aquí, precisamente en estos momentos, porque la estructura de la nación panameña salió de la Nueva Granada, donde se forjaron hombres como Belisario Porras, Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, que fueron los constructores de la nación panameña y llevaban dentro las enseñanzas de los maestros colombianos que los forjaron espiritualmente.

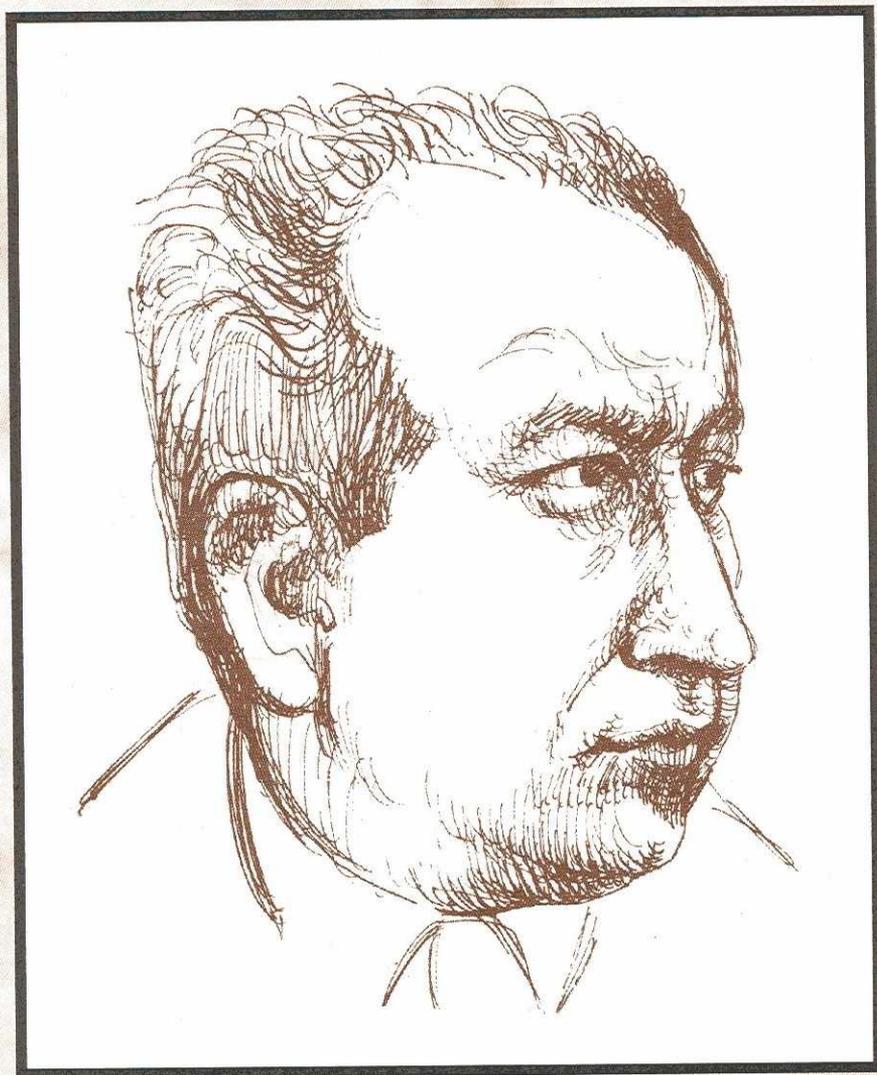
Es imposible entender el siglo XIX panameño sin contar con la notable influencia que ejercieron Bolívar, Santander, Mosquera y Murillo Toro, que estuvieron presentes en nuestras luchas y afanes y nos legaron el patrimonio político que hoy se nos arrebató impunemente.

Todavía en la actualidad el ejemplo de varones proceros como Alfonso López Pumarejo, Eduardo Santos y Carlos Lleras Restrepo, acuden en nuestra ayuda para fortalecernos y

alentarnos en nuestras horas difíciles, y me complace en proclamarlo así, cuando nos acongoja a los panameños un dolor de patria que podría compararse al que sintió la generación española de 1898, cuando decía, por boca de don Miguel de Unamuno, que «le dolía España», con la angustia de haber perdido sus colonias de América, sin esperanzas visibles de recuperación.



Los panameños necesitamos delinear más claramente nuestra personalidad como nación, como parte integrante del mundo del mestizaje e Indoamérica. Para ello es indispensable acudir a los importantes trabajos sobre este problema, que pertenecen al destacado escritor colombiano doctor Otto Morales Benítez, varón de recias virtudes ciudadanas, de inquebrantables convicciones democráticas, perteneciente a las filas del liberalismo, en el que ha desplegado una labor proselitista ampliamente reconocida. Insensible a los halagos que proporciona en nuestras democracias el culto a la demagogia, mantiene una línea de conducta intachable que le hace un hombre apreciado en todos los círculos, desde los más humildes hasta los más exigentes. Ha ocupado las más altas posiciones en el partido y en la administración pública, pertenece a algunas de las academias más prestigiosas de América y España y ha desarrollado, además, una obra de publicista que le



Otto Morales Benítez

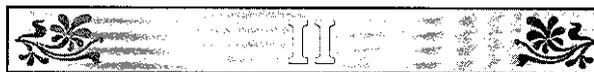
califica entre los más autorizados pensadores sociales y políticos.

El doctor Morales Benítez es miembro de la generación liberal de 1947, puesto que en ese año llegó por primera vez a la Cámara de Representantes. De él ha dicho lo siguiente ese colombiano inmenso que es Carlos Lleras Restrepo: «Como nació un 7 de agosto (el de 1920), sus amigos dicen que la voz y sobre todo la risa de Morales Benitez resucenan al igual que la diana de la Batalla de Boyacá».

Y agrega el doctor Lleras: «Lo que yo sé, y sabe todo el mundo, es lo fácil que resulta descubrir la presencia de Otto en cualquier reunión, por numerosa que sea la concurrencia. Su carcajada, una carcajada que brota como un torrente y dilata sus ondas sonoras por decenas y decenas de metros, anuncia su presencia. Y el espíritu de Otto, hasta donde yo puedo juzgar, vive en armonía con esas expresiones francas y jubilosas. Las gentes lo quieren porque infunde optimismo y, naturalmente, por otras virtudes que no son comunes: la lealtad, la franqueza, el buen juicio, una inteligencia clara y una laboriosidad admirable».¹

El prestigio de Otto Morales rebasó hace muchos años las viejas fronteras granadinas. El uruguayo Gastón Figueira ha escrito de él lo siguiente: «Uno de los mayores ensayistas de nuestro continente es el colombiano Otto Morales Benítez. El ensayismo de Morales Benítez, expresado en prosa límpida, garbosa, enjun-

diosa, es de carácter más bien científico, es decir, contrario a notaciones o divagaciones impresionistas».²



En una entrevista que se le hizo en Bogotá en 1987 nos dice Morales Benítez: «Sostengo que mestizo es todo aquel que nació en nuestro continente, después de la conquista. No me detengo en qué proporciones entran las sangres india, española, negra o cualquiera otra. Lo esencial es la mezcla étnica».

En el simposio 'Sentido y proyección de quinientos años de historia de América Latina', patrocinado por la Universidad Nacional de México en octubre de 1988, se incluye un trabajo de Morales Benitez, 'Mestización racial y cultural en la elaboración de un futuro común latinoamericano', que nos servirá de base para los extractos que ofrecemos en estos apuntes.

Sostiene que ha trabajado durante años sobre el tema. Hay que entender que el mestizaje no está relacionado con lo racial únicamente. No hay exclusividad en lo sanguíneo. Es lo que nos diferencia, lo que nos da carácter, lo que nos determina una posición. Es lo que responde por nosotros ante los demás continentes. Si no tuviéramos rasgos diferenciales, apareceríamos como seres sin identificación. Seríamos exiliados de todos los lugares.

Un brevísimo recorrido por varias per-

spectivas básicas de nuestro existir demostraría que lo que en un principio fue patrimonio del señor o de sus descendientes fue poco a poco usufructuado por los nativos, que a la vez lo fueron modificando según las peculiaridades locales. Las ciudades no pudieron librarse de la influencia del mestizo y terminaron por ser ciudades indianas.

La arquitectura experimentó modificaciones sustanciales, determinadas por los constructores indígenas. Allí comenzó lo que Otto Morales llama una subversión artística. Transformaron la herencia hispana al introducir figuras, símbolos autóctonos, que dieron origen a un barroco indígena. Las mezclas raciales hicieron su aparición, y los descendientes de estas uniones adquirieron derechos que no fue posible negarles.

La administración de la tierra y el determinar quién tenía derecho a ella fue un semillero de disidencias que promovió las luchas de la independencia. Los mestizos consideraron que les correspondía poseerla, explotarla y adquirir título de propiedad sobre la misma. En menos de un siglo se han producido tan extraordinarios fenómenos de mestizaje, que, a fines del siglo XVIII, América Latina ya está constituida en un continente criollo, lo cual comienza a dar fisonomía propia a estos países y promueve el desarrollo de generaciones arraigadas que han descubierto una tierra que les pertenece y deben defender. También en el vestido empieza a dife-

renciarse, trocando las toscas hilazas primitivas por otras de mejor apariencia.

En las comidas se introdujeron productos como el maíz y la papa. También el cacao. La carne de gallina, introducida por los españoles, se combinó con el frijol, la yuca; el arroz, con las carnes importadas.

La lengua heredada, el español y el portugués, ha sufrido, a su vez, modificaciones regionales, aunque se procura conservarla con la ayuda de academias y presiones cultistas. Es interesante el comentario de Fray Pedro Simón en sus *Noticias historiales* (1637): «Parecióme al principio destes libros poner una declaración por modo de abecedario de algunos vocablos, que sólo se usan en estas partes de las Indias Occidentales, que se han tomado de algunas naciones de los indios, que se han ido pacificando; y para mejor poder entenderse los españoles con ellos en sus tratos los han usado tan de ordinario, que ya los han hecho tan españolizados, que no nos podemos entender acá sin ellos, ni declararnos en las historias sin introducirlos».³

Así se expresa Rufino José Cuervo en su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*:

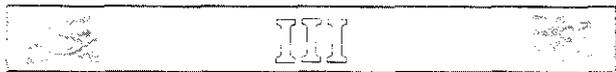
«Puestos los conquistadores en un mundo verdaderamente nuevo, cual debió de parecerles aquel en que ni el hombre ni la naturaleza se asemejaban a los de Europa, padeció la lengua otra especie de dislocación, a modo de trans-

portación musical, para acomodarse a designar objetos desconocidos».⁴

En varios países del continente se han presentado casos de sincretismo religioso. La religión traída por los conquistadores, ha sufrido cambios en contacto con las creencias de los nativos. Esa influencia es visible en las iglesias. Los artistas indígenas dejaron allí, en las tallas del barroco, las huellas de sus dioses, su versión de los astros o de las fuerzas superiores presentes en sus creencias. También las creencias indígenas hicieron surgir vírgenes propias entre las cuales cuentan la muy conocida de Guadalupe, en México, o la de Copacabana, en el Perú.

Para los conquistadores españoles la tierra y su posesión, no tuvo la importancia del oro, cuyo descubrimiento los deslumbró, y su acaparamiento fue objeto principal de sus incursiones en las nuevas tierras. En cambio, los indígenas tenían en la tierra y en su explotación sus más caros anhelos.

Los españoles miraron con desprecio a los indios, considerándolos como seres inferiores y negándoles toda capacidad racional. De aquí el trato inhumano que les dispensaban, convirtiéndolos en humildes servidores y tratándolos como esclavos.



Pasada la época de sumisión y de sometimiento a la indigna opresión de los conquista-

dores, surge en los aborígenes la voluntad de hacer valer sus derechos y la lucha por conquistarlos:

«La raza no tenía desniveles morales que la hicieran poco respetable. Al contrario, sus combates la ennoblecían. La conquista y la colonia, son dos etapas de gran convulsión social. No hay reposo. Todo el tiempo se combate. Por ello no se justifica que se afirme que tuvimos un período de calma y somnolencia. Al contrario, las gentes guerreaban, protestaban, se alzaban permanentemente. Estaban en beligerancia siempre. Es forcejeo contra alcaldes, oidores y todos los designios burocráticos de España».⁵

Una real cédula de 1514, repetida en 1515, ratificada por Felipe II en 1556, ensanchó aún más el marco de las conquistas obtenidas por los mestizos, al autorizar los matrimonios entre los indios e indias con españoles y españolas. De tal manera quedaban suprimidas las barreras raciales. Los cruces sociales facilitaron el acceso a la igualdad social y a la equiparación de derechos, antes negada por completo a los criollos. La lucha contra los prejuicios y desigualdades, ha sido larga, por no llegar a comprender que no hay, en realidad, diferencias ni distancias insalvables entre los seres humanos, aunque algunas razas que se consideran superiores mantengan un criterio anclado en prejuicios del pasado.

Las opiniones de escritores y pensadores autorizados, se abren camino para exaltar las

cualidades positivas que el mestizaje puede alegar en su favor, valorando sus logros a través de una historia cargada de incidencias pero demostradora del poder con que los pueblos llamados inferiores se abren paso en el camino de las reivindicaciones. El instinto y la capacidad de superación son atributos primordiales del ser humano.



En el libro *Memorias del mestizaje*, de Otto Morales Benítez,⁶ encontramos un capítulo de interés, con el título identidad latinoamericana a través del mestizaje, que nos permite complementar lo antes expuesto con otras investigaciones suyas en su constante bregar por este campo.

¿Cuándo irrumpió el mestizo? se pregunta. Y responde: En el momento ese que las gentes nacidas aquí después del descubrimiento, se dan cuenta de que esta tierra les pertenece. Quisieron, después de aquel momento, ser dueños de ella, convertirla en patrimonio propio.⁷

Y comprendieron que para lograrlo, era preciso gobernarla e influir en ella desde el punto de vista religioso. El mestizo comenzó a confiar en sus propios valores. En el campo del arte, los talladores indígenas hicieron surgir motivos de la propia naturaleza, que tuvieron su expresión en el barroco que modificó el arte

importado con productos de su propia creación: las flores, las especies vegetales, las figuras humanas y animales. La voz del subconsciente parecía guiarles, sin ostentación ni discrepancia abierta, pero con firmeza y constancia.

El movimiento de los comuneros que ya era muestra de rebelión organizada. La desobediencia, el desacato a las autoridades españolas, el rechazo a los impuestos y contribuciones. Fue un movimiento popular, de coraje y afirmación del mestizaje.

La unidad étnica tardará mucho más. Será el producto de un cruce racial de siglos. Jorge Amado, autor brasileño nos dice:

«El Brasil es un país mestizo. Esta es una verdad incuestionable, una realidad que está muy por encima de cualquier deformación impuesta por circunstancias ocasionales o por intereses casi siempre inmediatos, cuando no inconfesables. Somos un pueblo mestizo y en nuestra mestización, siempre en vías de completarse, el negro participa con una contribución fundamental, tan importante como la del blanco».⁸

La tesis encuentra dificultades de aceptación en el desprecio del español hacia toda hibridación, que es prejuicio de raíz europea. Lo americano pertenecía a la barbarie. La presión de los Estados Unidos contribuyó a reforzar la tesis de que no teníamos capacidad para el gobierno propio y debíamos, en consecuencia, ser países sometidos y explotados. Esa idea circuló profusamente y lo criollo fue sinónimo de infe-

rioridad. La Corona prohibió el uso de la palabra criollo, antecedente de mestizo.

Estos rechazos explican nuestra indecisión y vacilación, reflejadas en la debilidad del pensamiento, de la cultura y el arte. Dispuestos a ceder, siempre a ceder, nos veíamos constreñidos a aceptar las formulas extrañas, consideradas superiores. Lo aldeano y lo provinciano, muestras de signo inferior, fueron refugio de escasa estimación.

Según el profesor Leopoldo Zea, el origen de la cultura hoy vigente está en la tierra que habitaron los aborígenes junto con los conquistadores, que tras siglos de convivencia ya no son europeos ni indios sino americanos que tienen en su ser a Europa pero, también, a lo propio de esta América. Las dos culturas, mezclándose, dieron origen a una especial y peculiar.⁹

Por su parte, el investigador colombiano Danilo Cruz Vélez, contrariando la tesis de que este continente no tiene futuro, porque carece de condiciones para crear una filosofía y un arte propios, sostiene que la integración es posible. Una filosofía americana podría ser la resultante de una reelaboración de la milenaria filosofía occidental, enriquecida y transmutada con los aportes del mestizaje.

El profesor Luis Flórez que dirigió la elaboración del *Atlas lingüístico etnográfico de Colombia*, expresa que, en esta obra, se muestra cómo hablan hoy nuestras gentes incultas y semicultas en pueblos, campos y ciudades, y

que se llegará a entender que el español peninsular ha creado una geografía lingüística colombiana, debido a influencias lingüísticas regionales, a posibles elementos africanos y extranjeros de diversos orígenes. Se tendría así la evidencia de cómo, en el campo del idioma, el mestizaje ha dejado también una huella importante, que añadida a las ya advertidas en otros campos, dan sentido y configuración a la estructura peninsular del continente.



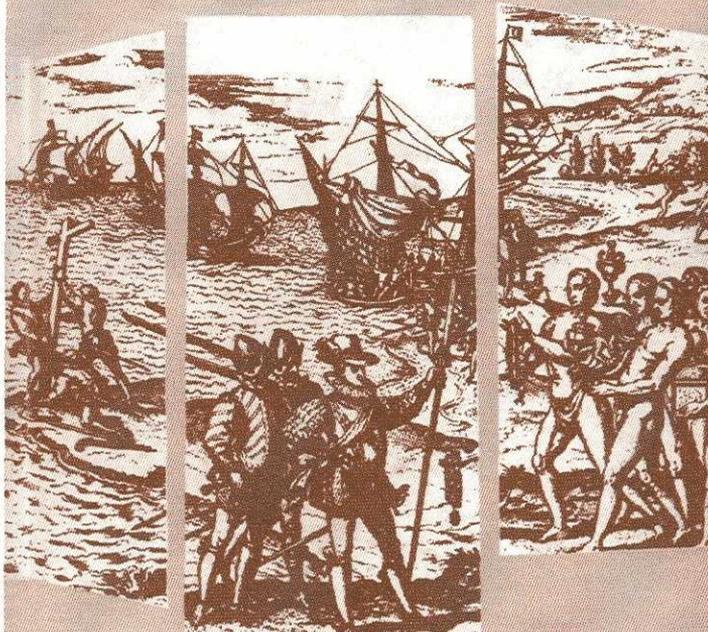
Es, no obstante, verdad de Perogrullo que el mestizaje común no ha llevado a la unidad política, ni a superar la dependencia económica. Los esquemas de unión que forjó la mente calenturienta de Bolívar, no pasan de representaciones gráficas y simbólicas de cosas inmateriales.

El mundo indoamericano existe, sin embargo, como ente coherente, de fronteras definidas. En él, la poesía se une con frecuencia a lo social y político, en una rara mezcla de equilibrio. La política en Indoamérica, adopta formas aberrantes que se describen mejor por medio de la sátira. *El señor Presidente* de Miguel Angel Asturias ha sido resumido por Otto Morales, en *Aguja de marear*, en forma lapidaria, de la siguiente manera:

«...allí está el mundo de nuestra miseria colectiva contada en palabras realmente mági-

Otto Morales Benítez

**Memorias del
mestizaje**



PLAZA & JANES

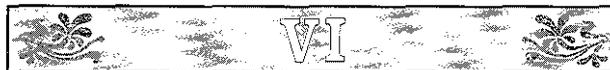
Carátula de la segunda edición. Bogotá, 1984.

cas y el deslumbramiento del poder ejercido violenta, cruel, cínicamente. Lo político-social emerge con todo su imperio dramático. Es un instante histórico de su pueblo guatemalteco el que recoge. Pero es una imagen de todo nuestro continente. En cada uno de los países —en algún instante— hemos padecido los mismos sistemas opresivos: la prensa silenciada; el diálogo democrático, interrumpido; las libertades humanas, hundidas; el mundo político, dominado; la delación, con todo su afán cobarde; la tortura como sistema político. Y la cohorte de amigos del gobierno fuerte: todos iguales —aquí en Colombia los hemos conocido— unos a su lado porque satisfacen sus impulsos sanguinarios; otros, porque la cobardía los ata al destino más fácil; algunos, porque con torvas disquisiciones intelectuales pretenden señalar ese como un momento histórico natural en la evolución de su pueblo». ¹⁰

Las dictaduras de Indoamérica responden a los grandes movimientos de masas con la cárcel y luego el exilio. Así ocurrió a Víctor Raúl Haya de la Torre, con resultados contraproducentes. Haya medita entonces seria e intensamente en los problemas de su patria. Va buscando la dimensión misteriosa y honda de la auténtica raíz de su pueblo. Otto Morales ha analizado en detalle cómo el pensador y político peruano incorpora el hombre de Indoamérica a su destino social. «Para cumplirlo requería de la libertad política, que es esencial para la hu-

manidad, y de tierras para alcanzar la plenitud en su determinación colectiva». ¹¹

Hay que emancipar a Indoamérica de los juicios europeos; el tema exige un tratamiento diferente. Llega a la conclusión de que sólo nos puede salvar «un gran movimiento que incluya reivindicación del hombre por la tierra, la escuela, y la solidaridad para alcanzar la libertad». ¹² Con ecos lejanos de fray Pedro Simón, Haya de la Torre considera que utilizar vocablos añejos y tradicionales, conduce a figuras que substituyen y falsean la realidad. Indoamérica, en cambio, simboliza la meta mestiza de unificación y libertad.



Tras esta somera exposición del mestizaje, denominador común de Colombia, Panamá y el resto de Indoamérica, —«...mestizo es todo aquel que nació en nuestro continente, después de la conquista»;— tras afirmar y comprobar que el mestizaje no está relacionado con lo racial únicamente, sino que es una suma y fusión de costumbres, tradiciones, artes, literatura, idioma, idiosincrasias, pregunto no si nuestro mestizaje existe, sino sobre si aceptamos el hecho del mismo y si lo vivimos como un valor que nos identifica, individualiza y enriquece; o si, por el contrario, lo llevamos como un lastre y lo padecemos como algo que se puede identificar como un complejo de inferioridad.

Juzgo, y con sobrada razón, que a casi 500 años de la iniciación de nuestro mestizaje, este ha dado en muchos niveles prueba de que ha llegado a una madurez. Pongo como ejemplo el campo de la literatura donde descuellan valores indoamericanos, 'mestizos', de la talla de Octavio Paz, Asturias, Vargas Llosa, García Márquez y tantos otros. En el arte los grandes muralistas Siqueiros, Rivera y Pedro Nel Gómez. Los pintores Guayasamín, Obregón y Botero. El escultor Rodrigo Arenas Betancourt. Precisamente porque ellos han apreciado y explotado los valores del mestizaje.

No ha sido lo mismo en el ejercicio de la libertad y en la distribución de los bienes; no hemos valorado la tierra, ni hemos desarrollado hacia ella el apego de nuestros antepasados indígenas que la consideraban como un bien de todos y como principio de identidad y unidad; nosotros no hemos logrado siquiera la justa y necesaria reforma agraria.

Si se ha fallado, ha sido por la no aplicación de los principios de un mestizaje entendido, valorado y, casi me atrevería a decir, amado y hecho parte medular de la vida privada y nacional.

Estas reflexiones suscitan los estudios de Morales Benítez. Su libro, *Propuestas para examinar la historia con criterios indoamericanos*,¹³ profundiza más aún en el problema del mestizaje, en los aspectos sociales, en la escritura desde la Colonia hasta hoy, en la historia por su hibri-

dación, en el 'encuentro de dos mundos', en las edificaciones, en los procesos y posturas políticas de Indoamérica y reitera tesis que ya he reseñado más arriba. Este pensador colombiano, va indicando cómo el mestizaje es una actitud y una manera de enfrentar los problemas del mundo, con respuestas coherentes y serias como corresponde a una cultura que tiene sus propias características. De allí dimana la importancia de lo que explica, con característica ardientísima, este ensayista de primer rango.

Este examen crítico lo he titulado 'El mestizaje e Indoamérica: El mensaje de Otto Morales Benítez'. Pues bien: él ha sido un estudioso del pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, cuya hondura en el examen del continente hay que relucir. A pesar de su importancia política, el peruano persistirá más como pensador acerca de los problemas de nuestras realidades. A él se le deben estudios en torno de los asuntos culturales más profundos de nuestro medio; de las demandas sociales; de las preocupaciones que correspondía manejar a nuestro medio. Ahondó en la teoría del espacio-tiempo-histórico indoamericano, que Morales Benítez ha explicado y ampliado varias veces en diferentes libros, entre otros, *Estudios críticos*¹⁴ y que da una dimensión diferente a nuestros problemas.

Igualmente de allí tomó la palabra Indoamérica —nombre ideado por Haya de la Torre para designar nuestro continente— para identi-

ficar nuestra área geográfica y política. Ese término armoniza con la teoría del mestizaje que viene predicando Morales Benítez. De suerte que este autor nos está indicando no sólo las rutas que debemos seguir, sino el vocabulario que debemos emplear para designar nuestra propia realidad. Nos está invitando, entonces, a profundizar en aspectos desconocidos de nuestro entorno. El lo que nos propone es un examen de la identidad de nuestro mundo. Somos una respuesta diferente a la eurocentrista, que, hasta ahora, nos ha dominado. Lo que yo quiero señalar, es que Otto Morales Benítez nos ha puesto en el deber de pensar en nuestra propia realidad en forma integral. En la más honda, que va unida a la historia; en la más vibrátil, que se relaciona con lo inmediato. El profundiza en Indoamérica con zahorí mandato. Debemos escucharlo.

El profesor Javier Ocampo López, en su libro *Historia de la cultura hispanoamericana. Siglo XX*,¹⁵ hace una afirmación que es bueno repetir para cerrar mi análisis en torno de las conclusiones del escritor Morales Benítez. Aquel afirma: «Un ensayista de la autenticidad mestiza en Hispanoamérica es el escritor colombiano Otto Morales Benítez (1920), autor de las obras *Muchedumbres y banderas*, *Revolución y caudillos*, *Señales*

de Indoamérica, *Testimonio de un pueblo*, *Aguja de marear*, *Liberalismo destino de la patria* y otras. Morales Benítez se preocupa por la presencia del pueblo mestizo americano en la historia universal. Un pueblo con rasgos antropológicos que van decantando una raza nueva, con caracteres culturales propios que se proyectan en la presencia de una cultura mestiza americana, con sus propias vigencias, experiencias, tradiciones y costumbres, una literatura y un arte mestizo americano y una filosofía americana». Y agrega Ocampo López: «Piensa Morales Benítez que el estilo americano mestizo es abigarrado, inconforme y díscolo, como la esencia misma de un pueblo que asimiló el barroco en todas sus dimensiones. Es un estilo auténticamente humanista, popular y con tendencias revolucionarias, como así nos lo expresan las revoluciones comuneras de Túpac Amaru en el Perú y los Comuneros del Socorro, las rebeliones sociales del siglo XVIII, la acción del pueblo que participó y triunfó en la guerra de independencia y de un pueblo que con trabajo tesonero hizo la colonización antioqueña en el Occidente colombiano».

La obra de Morales Benítez, por lo tanto, podemos concluir que se entrelaza con la de los maestros y pensadores mayores del continente.

NOTAS

1. Carlos Lleras Restrepo. «La generación liberal de 1947. Otto Morales Benítez». Bogotá, *Nueva Frontera*, N° 47, septiembre 13 de 1975.
2. Otto Morales Benítez, *Alianza para el Progreso y Reforma Agraria*. Segunda Edición. Publicaciones de la Universidad Central, Bogotá, 1986; página 17.
3. Véase Luis Carlos Mantilla Ruiz, *Fray Pedro Simón y su vocabulario de americanismos*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1986. Citado por Morales Benítez en el simposio mencionado en el texto.
4. Rufino José Cuervo, *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, primer tomo. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá. Citado por Morales Benítez en el simposio mencionado en la nota anterior.
5. Otto Morales Benítez, en el simposio mencionado.
6. Otto Morales Benítez, *Memorias del mestizaje*. Plaza & Janés, Bogotá, 1984.
7. *Ibíd*em, páginas 32 y 33.
8. *Ibíd*em, página 39.
9. *Ibíd*em, página 43.
10. Otto Morales Benítez, *Aguja de marear (Notas críticas)*, segunda edición. Biblioteca Banco Popular, N° 97, Bogotá 1979; página 29.
11. Cita de Memorias del mestizaje, página 135.
12. *Ibíd*em, página 137.
13. Otto Morales Benítez, *Propuestas para examinar la historia con criterios indoamericanos*. Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1988.
14. Otto Morales Benítez. *Estudios críticos*, segunda edición. Plaza & Janés, Bogotá, 1986.
15. Javier Ocampo López, *Historia de la cultura hispanoamericana. Siglo XX*. Plaza & Janés Editores, Bogotá 1987; página 214.



INDICE DE ILUSTRACIONES

17. El Libertador Simón Bolívar. Retrato realizado en Bogotá por José María Espinosa, en 1828, utilizando la técnica de grafito y carboncillo sobre cartulina. Fue propiedad del general venezolano Marcos Pérez Jiménez, y en el saqueo de su casa, en 1958, desapareció.

51. Simón Bolívar. Oleo sobre tela de José Gil de Castro realizado en Lima en 1824. Se encuentra en el Salón Elíptico del Palacio Federal, en Caracas.

63. General Francisco de Paula Santander. Oleo de Ramón Torres Méndez. Propiedad del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

101. Santander, el hombre de las leyes. Oleo del mexicano Felipe Santiago Gutiérrez. Propiedad del Banco de la República, Bogotá.

119. Germán Arciniegas. Retrato realizado por Max Henríquez y publicado en la carátula de la revista *Semana*, número 551 del 21 de junio de 1957.

151. Olaya Herrera, candidato a la Presidencia de Colombia. Caricatura publicada en el número 963 de la bogotana revista *El Gráfico*, del 25 de enero de 1930.

155. Olaya Herrera, luciendo la banda presidencial, a los pocos días de haber asumido la primera magis-

tratura. Fotografía de J. N. Gómez. Colección Stamato Editores.

159. Alfonso López Pumarejo. Caricatura dibujada por Franklin y publicada en la carátula del número 38 de la revista *Semana*, del 12 de julio de 1947.

163. López Pumarejo. Fotografía publicada en la cubierta de la revista *Semana*, número 674 del 26 de noviembre de 1959, con ocasión del fallecimiento del ex presidente, ocurrido el viernes 20 en la ciudad de Londres.

167. Eduardo Santos. Retrato publicado en la carátula de la revista *Pan* en junio de 1937, siendo candidato liberal a la Presidencia de Colombia para el período 1938-1942.

173. Eduardo Santos, ex presidente de Colombia y propietario del periódico *El Tiempo*. Caricatura dibujada por Franklin y publicada en la carátula de la revista *Semana*, número 393 del 10 de mayo de 1954.

181. Carlos Lleras Restrepo. Oleo del maestro Sergio Sierra, propiedad del doctor Carlos Alberto Mendoza.

187. Lleras Restrepo. Fotografía publicada en la revista *Semana*, número 548 de agosto de 1957.

191. Gabriel Turbay. Retrato realizado por Fran-

klin y publicado en la cubierta de la revista *Semana*, número 57 del 22 de noviembre de 1947, con motivo de su muerte ocurrida en la ciudad de París, el lunes 17 de ese mes.

193. Jorge Eliécer Gaitán. Retrato del maestro Max Henríquez, publicado en la carátula de la revista *Semana*, número 129 del 9 de abril de 1949, dedicado al primer aniversario del asesinato del dirigente liberal.

205. Jorge Eliécer Gaitán. Fotografía de J. N. Gómez. Colección Stamato Editores.

211. Otto Morales Benítez. Fotografía tomada en 1957 en la biblioteca de su residencia, siendo secretario general del Partido Liberal, cuya jefatura única era ejercida por Alberto Lleras Camargo.

219. Morales Benítez. Plumilla de Lucy Tejada realizada en 1962.

225. Carátula de la segunda edición del libro *Memorias del mestizaje*, del doctor Otto Morales Benítez, publicado por Plaza & Janés. Bogotá, octubre de 1984.



